

LA SEGURIDAD

Descansa en la salvación de Dios

WILLIAM P. SMITH


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

31 DÍAS

DEVOCIONALES PARA LA VIDA

Deepak Reju,
editor de la serie

La ansiedad: cómo conocer la paz de Dios

Paul Tautges

La depresión: encuentra a Cristo en las tinieblas

Edward T. Welch

El duelo: caminando con Jesús

Bob Kelleman

El enojo: calma tu corazón

Robert D. Jones

Hijos descarriados: cómo hallar paz y mantener la esperanza

Stuart W. Scott

Un pasado doloroso: cómo ir sanando y seguir adelante

Lauren Whitman

La seguridad: descansa en la salvación de Dios

William P. Smith

La vergüenza: eres conocido y amado

Esther Liu

Para las cañas cascadas y mechas que casi no arden
que a veces somos todos nosotros.

©2025 por P&R Publishing

Traducido del libro *Assurance: Resting in God's Salvation* ©2019 por William P. Smith publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

Las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.Nueva-Biblia.com.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Julio Caro Alonso, Santiago, Chile

Corrección de estilo: Neytan Jiménez, San José, Costa Rica

*Maquetación y diseño de portada: Francisco Adolfo Hernández Aceves,
CDMX, México*

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 979-8-88779-152-4 (Español tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-153-1 (Español libro electrónico)

ISBN: 978-1-62995-440-0 (Inglés tapa blanda)

ISBN: 978-1-62995-441-7 (Inglés libro electrónico)

Contenido

Consejos para leer este devocional	7
Introducción	9
Reconoce tus incertidumbres	
Día 1: «¿Cómo es posible que Dios me perdone después de lo que hice?»	15
Día 2: «No puedo dejar de pensar en lo que hice»	17
Día 3: «¡Pero sigo pecando!»	19
Día 4: El pecado imperdonable	21
Día 5: «Si Dios de verdad me amara, no dejaría que me ocurrieran cosas malas»	23
Día 6: «¿Por qué Dios permite que los malos me dañen sin ninguna consecuencia?»	25
Día 7: «No siento la presencia de Dios como antes»	27
Día 8: «Luchar con el pecado no debería ser tan difícil, ¿o sí?»	29
Día 9: «Dios no responde mis oraciones»	31
Día 10: «Simplemente siento que Dios no está feliz conmigo»	33
Día 11: «No soy bueno a mis propios ojos ni a ojos de nadie más»	35
Día 12: «Sé que Dios está enojado conmigo»	37
Día 13: «¿He hecho lo suficiente para ser salvo?»	39
Día 14: «Cada vez que me observo, veo más pecado»	41

Hay certeza en los fieles actos de Dios

Día 15: Jesús dice: «Yo he rogado por ti»	45
Día 16: Jesús dice: «Jamás echaré fuera al que viene a Mí»	47
Día 17: Dios no te trata como merecen tus dudas	49
Día 18: No te concebiste a ti mismo	51
Día 19: No te resucitaste a ti mismo	53
Día 20: No empezaste a amar a Dios antes de que Él te amara a ti	55
Día 21: Tus dudas no hacen que Dios dude	57
Día 22: La justicia de Dios despeja las dudas	59
Día 23: Tienes vida porque Dios te la da con Su aliento	61
Día 24: No buscas a Dios más de lo que Él te busca a ti	63
Día 25: No acudiste a Cristo por ti mismo	65

Acaba con tus dudas finales

Día 26: «Pero ¿cómo puedo saber que formo parte de la familia de Dios?»	69
Día 27: Lo más cierto de ti es lo único que un día serás	71
Día 28: «Sé que Dios debe estar harto de mí»	73
Día 29: «Pero ¿y qué si negué que conozco a Cristo?»	75
Día 30: ¿Estás creciendo en el fruto del Espíritu?	77
Día 31: Dios está comprometido a largo plazo	79
Conclusión	81
Recursos sugeridos para el viaje	85

Consejos para leer este devocional

Al principio de nuestro matrimonio, mi esposa y yo vivíamos en el piso superior de una casa adosada, en un pequeño departamento de un solo dormitorio. Cada vez que llovía, las goteras del techo se filtraban y caían en nuestro piso. Recuerdo que colocaba cubetas en distintas partes del departamento y observaba cómo el agua goteaba lentamente, gota a gota. Colocaba cubetas muy grandes y pensaba: *Va a pasar bastante tiempo antes de que se llenen*. El agua se acumulaba progresivamente, y muchas veces me sorprendía lo rápido que se llenaban las cubetas, que se derramaban si no les daba suficiente atención.

Este devocional es como la lluvia que llena las cubetas. Es lento, pero se va acumulando con el tiempo. Solo vemos un par de versículos cada día. Una gota. Otra gota. Otra gota. Solo unas gotas de la Escritura diariamente para saciar tu alma sedienta.

Comenzamos con la Escritura. La Palabra de Dios es poderosa. De hecho, es la fuerza más poderosa de todo el universo.¹ Convierte el corazón de los reyes, consuela a los humildes y da vista espiritual a los ciegos. Transforma vidas haciendo grandes cambios. Sabemos que la Biblia es la Palabra de Dios, así que la leemos y la estudiamos para conocer a Dios mismo.

Nuestro estudio de la Escritura es práctico. La teología debe cambiar la manera en que vivimos. Es crucial que conectes la Palabra con tus luchas. Al leer este devocional, encontrarás la palabra *tú* con frecuencia, pues William te habla directamente a ti. Cada lectura contiene preguntas de reflexión y sugerencias prácticas. Te beneficiarás mucho más de esta experiencia si respondes las preguntas y realizas los ejercicios prácticos. No te los saltes, hazlos por el bien de tu propia alma.

1 Jonathan Leeman, *Reverberation: How God's Word Brings Light, Freedom, and Action to His People* [Iglesia centrada en la Palabra: cómo la Biblia trae vida y crecimiento al pueblo de Dios] (Chicago: Moody, 2011), 19.

Nuestro estudio de la Escritura es un acto de adoración. Básicamente, todas las luchas relacionadas con la seguridad de la salvación son problemas de adoración. Hemos perdido la orientación hacia el que debe regir nuestra vida, y necesitamos volver a Él. La Palabra nos dirige a Cristo, quien nos rescata de nuestro dilema y reorienta nuestra vida. El objetivo del tiempo que pasas en la Palabra de Dios siempre debe ser una adoración renovada. Aunque has luchado con dudas y con la incertidumbre respecto a tu salvación, el Señor te toma tiernamente de la mano y te guía por el camino angosto de regreso a Él. Cuando aumenta tu afecto por Cristo el Rey, también crecen la esperanza y la certeza. Amar más a Cristo transforma tu alma. Adora a Cristo. Ámalo. Aprécialo. Aláballo. Hónralo. Dale toda tu vida. No retengas nada.

Si este devocional te parece útil (¡y espero que así sea!), vuelve a leerlo en distintos períodos de tu vida. Complétalo durante un mes a partir de hoy y vuelve a leerlo dentro de un año, para que estés cada vez más seguro de que Dios de verdad te ha rescatado y salvado.

Este devocional *no* pretende ser una guía exhaustiva para alcanzar la seguridad de la salvación. Ya se han escrito buenos libros con dicho fin. Cómpralos y úsalos bien. Verás que hay varios recursos en la lista que se encuentra al final de este volumen.

Eso es todo por ahora. Comencemos.

Deepak Reju

Introducción

¿Por qué habrías de dudar de las promesas de Dios para ti? ¿Por qué habría de costarte creer que Él te ama, que está obrando activamente en ti, que está planeando cosas buenas para ti y que se deleita en ti? En resumen, ¿por qué es tan difícil estar seguro de que Dios te ha salvado?

La respuesta es sencilla: a veces, simplemente no parece ser así, pues da la impresión de que la evidencia de tu vida apunta en otra dirección.

Por ejemplo, todavía vives momentos difíciles. Te ocurren cosas malas, y la gente te hiere. Aún sufres. Por lo tanto, parece lógico pensar: «Si Dios es tan poderoso como dice que es, podría haber impedido que me pasaran estas cosas si en verdad me amara... así que tal vez no me ama».

O tal vez te fijas en las cosas que no tienes —un cónyuge, hijos, una carrera satisfactoria, vacaciones divertidas, los dispositivos electrónicos más recientes, una casa hermosa, mucho dinero en el banco o un cuerpo saludable— y piensas: «Parece que otras personas están mucho mejor que yo. Si Dios bendice a Su pueblo y yo no estoy siendo bendecido... quizás eso significa que no soy parte de Su pueblo».

O peor aún: ves lo que emerge de tu vida. Haces cosas que sabes que están mal, cosas por las que te sientes culpable, pero que, al parecer, no puedes dejar de hacer. La duda se asoma y te pregunta: «Si el brillo y la atracción del pecado te resultan más atractivos que la gloria de Dios, ¿cómo es posible que seas hijo Suyo?».

Entonces empiezas a asentir con la cabeza. Tiene sentido pensar: «Si lo que sale de mí es muy poco parecido a la obra del Espíritu Santo, ¿no debería deducir que no estoy siendo guiado por el Espíritu? Y si no estoy siendo guiado por el Espíritu, ¿no significa eso que yo mismo estoy más activo e involucrado en mi vida que Él? Tal vez eso significa que el Espíritu no está en mí».

Estar seguro de que Dios te ha salvado del pecado y la destrucción y de que te ha hecho parte de Su nueva creación gloriosa jamás ha dependido de la simple información teológica. Es un problema existencial que surge cuando los datos de tu vida no concuerdan con lo que crees que debe ser la vida nueva en Cristo. En esos momentos, tiene sentido tener incertidumbre.

Ahora bien, es relativamente simple refutar la *lógica* de la duda (por ejemplo: ¿cuántas veces crees que puedes nacer de nuevo?), pero el *sentimiento* de duda es intenso y obstinado. Lamentablemente, muchas personas tratan de luchar con su incertidumbre centrándose en las mismas cosas que provocaron que empezaran a sentirse inseguras. Comienzan a analizar si mejoran sus circunstancias o si su tasa de fracasos disminuye.

Sin embargo, el antídoto de la duda nunca es contemplar más tus circunstancias exteriores ni enfocarte en tu propio interior. Es alzar la mirada y fijarla en el Dios que se acerca a ti para vivir contigo. Tus dudas te tientan a alejarte de Él y de todo lo que te recuerda a Él. Sin embargo, esos son precisamente los momentos en que debes mirar aún más la Escritura para ver al Dios que anhela ayudar a Su pueblo a lidiar con sus temores e incertidumbre.

A veces, en la Biblia, el Señor desafía directamente a la gente —y también a ti—, en los pasajes donde Dios pregunta: «¿Por qué tienen tan poca fe?». Sin embargo, con mayor frecuencia, presenta imágenes, metáforas, descripciones y explicaciones de lo que Él ha estado haciendo por ti, para ayudarte a entender que no está desmoralizado por tu culpa ni se encuentra a punto de abandonarte y renunciar a ti. En cambio, de verdad cree que logrará rescatarte de ti mismo, y desea que tú tengas la misma confianza que tiene Él. Esta clase de pasajes abre la cortina de Su corazón para que veas cuánto te ama y anhela, incluso cuando no estás seguro de que sea así.

Descubrir al Dios que te habla de tus dudas te ayudará a comprender que Él siempre supo que experimentarías esas dudas. Lejos de ofenderse por tus dudas, Dios las anticipó y te dio respuestas antes de que tú existieras y pudieras albergar preguntas.

Si no estás seguro de que Dios te haya salvado y está actuando en tu vida, es porque crees que las cosas momentáneas y efímeras de esta vida tienen más influencia sobre ti que el Dios que te hizo, te redime y te sostiene. Eso significa que, para abordar las dudas, tienes que ver el mundo desde una nueva perspectiva. Tienes que incluir todo lo que te produce incertidumbre bajo el marco del Dios que, asumiendo un gran costo personal, te amó mediante Cristo para que solo estés con Él para siempre.

Para lidiar con tu falta de seguridad, necesitas ver:

- el corazón de Dios hacia ti, expresado en Su carácter y acciones para con las personas que dudan,
- los recursos que te da para abordar las cosas que te están haciendo dudar de Él y Su bondad, y
- lo impotentes que son todas las cosas que producen dudas en comparación con el poder imparables de Dios.

Ese es mi objetivo en este libro. No voy a abordar problemas teológicos relacionados con las dudas en general (por ejemplo, *¿cómo puede haber una sola manera de conocer a Dios?*). Más bien, voy a enfocarme en las dudas sobre la bondad de Dios en su relación específica contigo como individuo (por ejemplo, *creo que Dios ama a la humanidad, pero no estoy seguro de que me ame a mí, ¿cómo puedo, pues, estar seguro de que Sus promesas son aplicables para mí?*).

Las preguntas personales sobre el estado de tu relación con Dios requieren que sepas verdades sobre Él, pero, a fin de cuentas, la seguridad de tu salvación no depende de lo que sabes. El problema es que no crees lo que sabes. Por lo tanto, tener más seguridad no solo requiere aprender más información. Tiene que ver con la confianza. Tiene que ver con creer en el carácter de Aquel que está tratando de comunicarte información.

Cuando me llaman los telefonistas para prometerme un crucero inolvidable por un precio casi irrisorio, les cuelgo. No los conozco. No confío en ellos, y, para ser franco, no quiero tener nada que ver con ellos. La información no puede cambiar esa realidad.

Sin embargo, cuando me llama mi esposa para invitarme a caminar con ella después del trabajo, reorganizo mi tarde y espero ansioso llegar a casa. ¿Cuál es la diferencia? Conozco a mi esposa y confío en ella, y debido a eso quiero más de ella.

Mi esperanza es que, al ver a Dios abordándote en tu incertidumbre, lo conozcas mejor, confíes más en Él y desarrolles más hambre por Él.

Reconoce tus incertidumbres

DÍA 1

«¿Cómo es posible que Dios me perdone después de lo que hice?»

*«Pondré enemistad
Entre tú y la mujer,
Y entre tu simiente y su simiente;
Él te herirá en la cabeza,
Y tú lo herirás en el talón» (Gn 3:15).*

Cada conciencia es distinta. Algunos son más sensibles y no tienen que hacer mucho para sentirse profundamente disgustados con ellos mismos (por ejemplo, se molestan por hablar de un modo áspero, por castigar a sus hijos con enojo, por robar algo pequeño o por haber bebido demasiado la noche anterior). Otros están más endurecidos y tienen que hacer más para convencerse de que cruzaron la línea (por ejemplo, engañar a su cónyuge, malversar los fondos del negocio familiar, arruinar la reputación de otra persona o sacar a un familiar de los documentos de herencia).

Cada persona tiene sus peculiaridades, pero la experiencia universal es que todos hemos cometido por lo menos una acción que se repite en nuestra mente en los momentos más inesperados, cuando bajamos la guardia. Hay algo que no puedes dejar ir, algo en lo que piensas mucho más de lo que quisieras. Algo que te parece imperdonable.

Nadie necesita recordártelo, pues tu conciencia te lo recuerda. Y como sigue en tu conciencia, empiezas a preguntarte: «Si no puedo perdonarme a mí mismo, ¿cómo puede perdonarme Dios?». Ese es el momento en que resulta útil pensar en el primer pecado humano, el del huerito del Edén. Los resultados de ese pecado fueron catastróficos: hundió a toda la humanidad en el pecado, de modo que ahora todos nacemos separados del Dios a cuya imagen fuimos creados (ver Ef 2:1-3). Condenó a todos los miembros de nuestra raza a una muerte ineludible (ver Ro 5:12-14). Sometió a todo el universo a la maldición de la frustración y el deterioro, de modo que ya nada funciona ni dura como debería

(ver Ro 8:20-21). Nada que hayas hecho o que vayas a hacer puede empezar a compararse con la tragedia que Adán y Eva trajeron sobre el resto de sus descendientes.

Sin embargo, Dios no se sentó a observar cómo esa historia llegaba a sus conclusiones lógicas. Irrumpió en ella, y, al hacerlo, reescribió el final. Puso un aborrecimiento entre nuestros primeros padres y su enemigo, la serpiente (lo que daba a entender que iba a transformar sus corazones para que volvieran a Él) y prometió enviar a Alguien que aplastaría a la serpiente para que el pecado y la maldad no tuvieran la última palabra (ver Gn 3:15).

No dejó a Adán y Eva a su propia suerte, y eso te da la confianza de que tampoco te dejará a ti. Él no solo perdona; se involucra en el conflicto, usando todo Su poder y energía para reescribir la trágica historia que Su pueblo había creado para ellos mismos. Y no solo hace eso por la humanidad como grupo, sino por ti, como individuo.

La pregunta nunca ha sido: «¿Qué tan bueno eres en ser bueno?». Siempre ha sido: «¿Qué tan bueno es Dios en ser bueno cuando tú no lo eres?». Por lo tanto, déjate asombrar por la profundidad y la amplitud de Su bondad. Mira cómo Su bondad supera la destrucción cósmica que el pecado había producido, y entonces aumentará tu confianza en la forma en que Él responde personalmente a ti.

Reflexiona: Piensa en lo que más perturba tu conciencia. ¿Cómo se compara el alcance o la magnitud de sus resultados con el primer pecado humano?

Reflexiona: ¿Qué piensas que es más poderoso? ¿Tu capacidad de arruinar tu vida o el poder de Dios para rescatarte y restaurarla? (Pista: ¿en qué piensas más tiempo?).

Actúa: Dedica unos minutos a hablar con Dios sobre lo que Él hace en relación con lo que tú has hecho.

DÍA 2

«No puedo dejar de pensar en lo que hice»

*Porque yo reconozco mis transgresiones,
Y mi pecado está siempre delante de mí (Sal 51:3).*

Los enemigos de tu alma no solo son incansables; también son deshonestos. Se alían con ambos bandos de la guerra del pecado para luchar contra ti.

Primero, inundan tu mente e inflaman tu corazón con tentaciones constantes, prometiéndote que, si cedes, tu vida será mejor de lo que puedes imaginar. Después, una vez que cediste y disfrutaste de los efímeros placeres del pecado (ver He 11:25), te disparan municiones de otro tipo.

En esta ocasión, los pensamientos de los que no puedes huir son más o menos así: «¿Cómo pudiste? ¡Mira lo que hiciste! Sabías que no era bueno hacer eso. ¿Y dices que eres cristiano? Es imposible que Dios te ame». Sientes un peso en el corazón. No hay gozo en el mundo, y todo se ve sombrío.

Eso es lo que hacen los enemigos de Dios. Te provocan para impulsarte hacia un precipicio destructivo. Después, cuando muerdes la carnada y te lanzas al precipicio, te acusan con la misma fuerza con que te incitaron a pecar.

El rey David estuvo en esa situación. El hombre conforme al corazón de Dios (ver 1 S 13:14) se sintió atraído por la esposa de otro hombre. No se la podía sacar de la mente, así que la invitó, durmió con ella, la embarazó y después asesinó a su esposo para poder casarse con ella y encubrir su pecado.

Durante un tiempo, parecía que había quedado impune. Sin embargo, después de que Dios lo confrontó por medio del profeta Natán, David no podía sacar lo que había hecho de su mente. «Mi pecado está siempre delante de mí»: ¿notas cuán presente estaba esa realidad en su conciencia? No podía escapar de ella. La veía dondequiera que iba, y la odiaba. Lo que en su momento no pareció importante ahora lo perturbaba.

No obstante, mientras el problema consumía su mente y corazón, no se quedó encerrado en sí mismo. Eso hubiera sido necio. Como su mente y su corazón lo metieron en el problema, ahora no podían ayudarlo a salir del aprieto. Así que David no trató de arreglar el desastre ni de descubrir cómo enmendar las cosas por sí mismo. En cambio, corrió a Dios.

No acudió a Dios para escuchar los mismos pensamientos que emanaban de su interior; los pensamientos que lo acusaban y condenaban. En cambio, acudió a Dios en busca de misericordia (ver Sal 51:1), compasión (ver v. 1), limpieza (ver v. 2), un corazón puro (ver vv. 7, 10), la presencia renovada del Señor en su vida (ver vv. 11-12) y libertad de la culpa (ver v. 14) para poder alabar a Dios una vez más (ver v. 15).

Acudió a Dios, pero no apoyándose en lo que *él* podría hacer para arreglar las cosas con el Señor (ver v. 16), sino en la fuerza de lo que *Dios* hace para arreglar las cosas con David (ver vv. 7-12) según Su amor infalible (ver v. 1).

La presencia del pecado en la vida de David no lo llevó a dudar del amor de Dios; lo llevó a buscar al Dios que lo amaba.

Reflexiona: ¿Qué te enseña la fealdad del pecado de David sobre la grandeza de la gracia de Dios?

Reflexiona: ¿Qué te enseña la bondad que experimenta David sobre el anhelo del Señor por restaurar las cosas entre Él y Su pueblo?

Actúa: Tu confianza solo podrá aumentar experimentando esta gracia. Por lo tanto, al igual que David, debes permitir que el pecado que está siempre delante de ti te lleve a Dios en vez de alejarte de Él. Usa la oración de David en el Salmo 51 para moldear la tuya propia.

DÍA 3

«¡Pero sigo pecando!»

«“Porque Yo, el SEÑOR, no cambio; por eso ustedes, oh hijos de Jacob, no han sido consumidos. Desde los días de sus padres se han apartado de Mis estatutos y no los han guardado. Vuelvan a Mí y Yo volveré a ustedes”, dice el SEÑOR de los ejércitos» (Mal 3:6-7).

Alguna vez has pensado algo como esto: «Acudí a Cristo porque vi mi pecado tal como era y lo aborrecí. Me sentí muy feliz por ser perdonado y liberado, pero ahora estoy haciendo cosas que odio y que sé que lamentaré. ¿Cómo es posible que sea cristiano si sigo cayendo en los mismos patrones?».

Esta es una trampa común. Caes en ella cuando tratas de demostrar tu justificación (el hecho de que has sido reconciliado con Dios por el sacrificio de Cristo) examinando tu santificación (si ahora estás viviendo de un modo más recto).

Muchos cristianos entienden que la justificación produce santificación, pero es fácil olvidar que, aunque la justificación ocurre en un instante, la santificación es un proceso que dura toda la vida, uno que suele no ser lineal y en el que te encuentras con obstáculos y experimentas retrocesos. Si esperas ver evidencias del producto final (la perfección y ausencia de pecado) saltándote el proceso, te desilusionarás, y, peor aún, cuestionarás la eficacia de tu santificación. Esas preguntas, a su vez, te llevarán a cuestionar si en verdad fuiste justificado.

La razón por la que no puedes demostrar que fuiste justificado midiendo tu santificación es esta: en esta tierra, jamás llegarás a estar sin pecado (ver 1 Jn 1:8). La naturaleza pecaminosa aún mora en tu interior, y lucha contra el Espíritu de Dios (ver Gá 5:17). Por lo tanto, incluso los cristianos más consagrados hacen cosas que ya no quieren hacer (ver Ro 7:15-20; Gá 2:11-13).

Si la impecabilidad es un prerequisite para saber que somos salvos, ninguno de nosotros cumple las condiciones. Nuestra inclinación a ver

las cosas de esa forma es otra trampa del diablo para mantenernos enfocados en el objeto de la salvación (nosotros) y no en su autor (Dios).

Malaquías 3:6-7 nos muestra otro enfoque. Dios reconoce que Su pueblo siempre ha tenido un problema para ser fiel a Él. Su respuesta no es disgustarse con nosotros, rendirse ni marcharse; tampoco nos amenaza ni dice que nos esforcemos más ni nos soborna para que seamos mejores. En cambio, nos extiende una invitación. Nos invita a volvernos a Él aunque hemos pecado al igual que nuestros ancestros. No basa esa invitación en los esfuerzos que estamos haciendo ni en el éxito que hemos logrado. La basa en Su naturaleza inmutable. Él es el Dios que hizo que lo conociéramos, para amarlo y ser amados por Él. Él nunca ha menguado en Su deseo de que nos volvamos a Él, a pesar de las múltiples razones que le hemos dado y seguimos dándole.

Todavía te quiere para Él. Lo que has hecho no ha alterado lo que Él ya hizo por ti. Tampoco ha cambiado Su corazón hacia ti. Dios no quiere que te preguntes si se ha alejado de ti. En cambio, anhela que te vuelvas a Él.

Reflexiona: ¿Has caído en la trampa de evaluar la eficacia de la justificación de Dios según tu desempeño al tratar de vivir de forma santa? ¿Por qué esa trampa te resulta atractiva?

Reflexiona: La inmutabilidad de Dios significa que Él sigue persuadiéndote para que regreses cuando te descarrías, tal como lo hizo antes de que acudieras por primera vez a Él. ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste lo mucho que te asombra Su compromiso hacia ti?

Actúa: Acércate a un amigo de confianza y hablen de la invitación inmutable que Dios te extiende para que te vuelvas a Él.